

Cuando una ráfaga de pasión pudo agitar el pecho de Fray Luis sólo le hizo prorrumper en algo parecido á la liviandad de sus maestros. No dirige «á una desdeñosa» reconvenciones que recuerden á la mujer la unión de los corazones, su dignidad de esposa, su santidad de madre; no le hace presente que ella puede ser el ensueño del joven, el consuelo del hombre maduro, el sostén del anciano; sólo le dice algunas palabras de débil concupiscencia:

«Que á la fin dormís, señora,
En el solo y frío lecho.»

Entre los modernos castellanos que aspiran al título de clásicos, encontraremos los mismos ó semejantes rasgos, siempre que se trate de la expresión de afectos.

Martínez de la Rosa, por ejemplo, idólatra de la escuela Aristotélica y Horaciana, no se consume ciertamente en el fuego; el tinte de sus concepciones amorosas es generalmente pálido, y sus argumentos trillados. El pastorcito preso en la red de Cupido; la zagala corriendo tras la mariposilla; Cupido lanzando saetas envenenadas; Venus atizando el fuego amoroso; todas las imágenes gastadas y empalagadas del género anacreóntico.

Martínez de la Rosa es autor de aquellos versos que á uno de sus compatriotas¹ parecieron la *Tabla Pitagórica*.

«Cien veces ciento,
Mil veces mil,
Más besos dame
Laura gentil
Que flores crían
Mayo y Abril.»

Nadie puede poner en duda el nervio de Quintana, su entusiasmo patriótico, los primores de su dicción; pero Quintana era clásico, y en consecuencia, tibio para expresar, y acaso para sentir ciertos afectos. No soy quien hace esta observación, y me complazco en ello para que no se crea que en lo más mínimo censuro á un hombre tan respetable como el que cito. Me refiero á su sucesor en la Academia española, Sr. Cueto, quien en su discurso de recepción observó «que en las poesías de Quintana apenas resuenan las palabras *Dios y amor*.»

¹ Ferrer del Río. Galería de Literatura española.

V

Proposición contradictoria del Sr. Ramírez.—Pruebas del amor moral.—La psicología.—Hechos vulgares.—Corrupción romana.—El cristianismo.—El amor en la Edad Media.—Eloisa y Abelardo.—Macías.—Los amantes de Teruel.—Petrarca.—Literatura moderna.—Otras pruebas del amor moral.

Después de haber hojeado algunos poetas latinos, franceses, italianos y españoles, me parece inútil insistir en mi idea ocurriendo á otras literaturas, generalmente apartadas del genio griego, como son la alemana y la inglesa. Sin embargo, todavía tengo que detenerme antes de concluir, porque es preciso tratar dos proposiciones del Sr. Ramírez, incidentales; pero que una de ellas se enlaza con la cuestión que ventilamos, y ambas, en mi concepto, contienen equivocaciones dignas de desvanecerse.

Asienta el Sr. Ramírez: «Lo que se llama amor es nada, cuando no tiene por base la unión real de los sexos.»

Pues bien, si el Sr. Ramírez no cree más que en el amor material ¿cómo es que defiende la existencia del *espiritual* entre los griegos? Hay amor espiritual ó no le hay; si le hay ¿por qué le niega ahora? Si el amor espiritual no existe ¿cómo le supone tratándose de la literatura erótica de los griegos? El Sr. Ramírez ha incurrido evidentemente en el sofisma que llaman los lógicos «igualdad de las contradictorias.» Ser y no ser á un tiempo, son ideas que se excluyen.

Esto es respecto al enlace de la proposición del Sr. Ramírez con la cuestión relativa á la poesía erótica de los griegos; pero esa proposición, en términos generales, se halla desmentida por la psicología, los hechos más vulgares, la

historia, la biografía, la literatura que no es clásica, y la experiencia de todo individuo en épocas determinadas.

La sicología reconoce en el hombre tres facultades, inteligencia, sensibilidad y voluntad. La voluntad es una é indivisible; pero la inteligencia y la sensibilidad tienen diversas modificaciones. La sensibilidad es la facultad general de sentir; pero en ella se distingue la *sensación* del *sentimiento* como voy á explicar.

Los diferentes estados de nuestro cuerpo, y el contacto con los demás, excitan en nosotros placeres ó penas. Este es un hecho que tiene la fuerza de tal, y de que parte la ciencia sicológica: una gota de licor agradable, cuando se gusta, produce placer; el piquete de un alfiler, por leve que sea, molesta. Estos placeres y estas penas que el cuerpo percibe se llaman en sicología *sensaciones*, aunque el lenguaje común no se conforme enteramente bien con el científico. Pero no sólo los cuerpos son los que nos agradan ó repugnan; el estado de nuestro ser interior que llamamos *alma*, el ejercicio del pensamiento, ciertas concepciones puramente imaginarias que no existen en el mundo real, son también para nosotros origen de penas ó goces profundos de un género diferente: á esas penas y á esos placeres distintos de *las sensaciones*, se reserva el nombre de *sentimientos*, y su existencia es *un hecho* como la de aquellas. Yo pregunto al Sr. Ramírez ¿experimenta lo mismo cuando se le muere un hijo que cuando le pica una sanguijuela?

Asentada de una manera incontrovertible la diferencia de *sensación* y *sentimiento*, añadiré que entre los sentimientos se cuenta el amor moral á la mujer, como cualquiera otro afecto del mismo género. Negar el sentimiento hacia el otro sexo, sin mezcla de concupiscencia, es negar los demás afectos morales enteramente desinteresados, como el amor paterno, la ternura maternal, el cariño entre hermanos, la piedad filial, la amistad generosa. No creo que el Sr. Ramírez pretenda, en sicología, ir más allá de la escuela *positivista*: Comte y sus discípulos reconocen que hay *egoísmo* y *altruismo*. *Egoísmo* es el afecto propio, de *ego*, yo; *altruismo* es el afecto á los demás, de *alter*, otro.

Y aunque los positivistas no lo confesaran así ¿dudará alguno de los afectos hacia los demás, de los afectos desinteresados, á la vista del padre conservando un hijo enfer-

mo é idiota que para nada ha de servirle? ¿No se creará en la madre que ama con predilección al hijo ingrato, al que la desprecia, al que se descarría? ¿No se ha visto nunca una hija que deja agostar la flor de su belleza, por atender al anciano pobre y enfermo que le dió la vida? ¿No hemos leído jamás la historia de esos hombres que luchan y mueren por la patria que los ha proscrito?

Pues si no es posible negar esa clase de sentimientos, tampoco es posible negar el afecto puro hacia la mujer, que se gradúa desde una santa adoración hasta la sencilla amistad; pero de todos modos libre del influjo de los sentidos.

Es fácil, á la más ligera observación, distinguir el apetito sensual (que nos es común con los brutos) del sentimiento moral que se alimenta con una mirada, que se contenta con un suspiro, que vive con sólo el recuerdo á través del espacio y del tiempo. Nos sentimos celosos del objeto amado, aun por un pensamiento: una ilusión, una quimera nos hace sufrir, y exigimos promesas de fidelidad que quisiéramos conservar aun más allá de la tumba. Todo el mundo ha observado en sí mismo y en los demás, que hay mujeres á las cuales apreciamos ó amamos sin sentirnos instigados por la lascivia, mientras que otras sólo excitan nuestra carnalidad. Todos los días vemos parejas enfermizas, impedidas del uso matrimonial y sostenidas por el cariño; mientras es común conocer hombres y mujeres que continuamente procrean, injuriándose siempre, dándose mala vida, aborreciéndose, y ligados por cualquier motivo que no es el amor.

Todo esto es lo que nos enseñan la ciencia y los hechos más vulgares. Véamos ahora lo que atestigua la historia general de la humanidad, ó la particular de algunos individuos célebres.

A la corrupción griega que he procurado manifestar anteriormente, diseñando las leyes, religión y costumbres de los helenos, siguió la corrupción romana, hija aprovechada y que bajo cierto aspecto superó á la madre, porque al refinamiento de ésta, reunió la fuerza brutal de los descendientes de la Loba. Al lado de las risas del lupanar griego se oía el grito de los gladiadores romanos: *Ave Cesar, morturi te salutant.*

La sociedad romana llegó á verse casi disuelta, y la historia de Roma durante mucho tiempo no es más que la relación de una prolongada orgía.

Catón, el censor, el severo Catón, tenía concubinas entre sus esclavas. Cicerón á los sesenta y dos años repudió á Terencia para casarse con una niña de veintidós años, que también despidió con cualquier pretexto.

Julio César vivió en medio de las más vergonzosas intrigas, y aun fué acusado de sodomía con Nicomedes, rey de Bitinia, si bien ha sido defendido de esa acusación, principalmente por su último, biógrafo Napoleón III.¹

Marco Antonio y César Octavio, sucesores del dictador, le sobrepujaron en inmoralidad. El primero proscribió á Caponius y no le perdonó hasta que la esposa de éste consintió en sus impúdicos deseos. El mismo Antonio vivía públicamente entre ramera, y paseaba en su carro delante de todo el pueblo á la bella Cyteris. Los amores de Antonio con Cleopatra son conocidos de todo el mundo.

¿Y qué diremos de la conducta de Tiberio, llamado *el macho cabrío*? ¿Qué de Calígula y de Claudio? Claudio tuvo por mujer á la célebre Mesalina, quien para saciar sus apetitos concurría con los marineros del Tíber. Esa emperatriz de la prostitución, se hizo proclamar *invicta* al terminar una orgía que inspiró á Juvenal el conocido verso:

Et lassata viris, nondum satiata recessit.

De Nerón, heredero de Claudio, no quisiera tener que pronunciar ni el nombre, en honra de la humanidad; pero es demasiado famoso por sus crímenes para ocultarlo enteramente. Hace matar á su mujer Octavia, á fin de casarse con la cortesana Popea; manda asesinar á su propia madre que se oponía á ese matrimonio, y corona esos crímenes dando muerte á la misma Popea en un acceso de cólera.

No puedo detenerme más en pormenores relativos á la sentina llamada Roma imperial, y remito á los lectores con Suetonio, el biógrafo de los doce Césares; con Tácito, «el juez de los tiranos,» como propiamente se le ha llamado. Allí se encontrarán con toda su fuerza esas escenas man-

¹ Hist. de César, l. 2.

chadas de lodo y sangre, que forman la historia de la decadencia romana.

Empero ya podemos figurarnos lo que sería la nación que tenía tales hombres por jefes, y recordaré algunas circunstancias conducentes á mi objeto. Los caballeros romanos hacían comercio de mujeres comprándolas en Asia, y cuidándolas con esmero para alquilarlas ó venderlas. Música, baile, poesía, todo aquello se les enseñaba que pudiese cautivar, y así pertrechadas se convertían en peligrosas sirenas que fascinaban fácilmente á los hombres.

Cuando el fresco de la tarde llevaba hacia la vía Apia á los elegantes de Roma, el cortejo de gracias impúdicas desplegaba todos sus encantos. Recostadas muellemente en literas con cortinajes de púrpura, rodeadas de una turba de esclavos esparciendo perfumes en su rededor, levantaban sus cortinas de cuando en cuando, para sorprender con sus miradas y sonrisas á los incautos que las seguían. Otras se introducían en los bosques vecinos, bajaban de sus literas mostrando el desnudo y pulido pie; mientras que algunas más audaces manejaban la cuadriga de fogosos corceles que conducían sus suntuosos carros.

Estas escenas no eran más que el preludio de lo que pasaba por la noche. En medio de las tinieblas que envolvían á la nueva Babilonia, se veían pasar sombras fugitivas: mujeres cubiertas con velos; hombres armados para servir al celoso ó al raptor; jóvenes deslizándose para no ser conocidas.

Las tinieblas se aclaraban más tarde á la luz de mil antorchas: eran los jóvenes patricios que descendían tumultuosamente por la *Via sacra*, y se esparcían ebrios y exhalando gritos por el *Forum*. Allí se sentaban sobre una especie de tronos, desde la prostituta más vulgar hasta la emperatriz Mesalina. Había mujeres encubiertas que con fingido pudor querían excitar la curiosidad; otras completamente desnudas, los cabellos flotantes, provocaban descaradamente la torpe lascivia.¹

De esta manera de había perdido en Roma hasta la sombra del pudor, de la honestidad.

¹ Véase la *Histoire de la prostitution* ya citada. *Les dangers de l'amour* por Martín, y otras obras que describen las costumbres de aquel tiempo y que he extractado.

*Savior armis
Luxuria incubuit.*¹

En esa situación el mundo civilizado, apareció el cristianismo, y el cristianismo, ya se le considere como una religión, ya como un sistema filosófico, regeneró la sociedad. Este es un hecho innegable.

Desde luego, la nueva doctrina arrebató al padre el cetro de la tiranía doméstica, le quitó el derecho de vida y muerte que sobre su hijo le daba la ley romana, haciéndole comprender que era un depósito sagrado que le confiara el cielo, y no una propiedad.² El infanticidio se consideró como un crimen abominable. La mujer ya no fué la esclava del hombre sino su compañera, sustituyéndose á las doctrinas de Platón y Aristóteles el más antiguo texto. «Es hueso de mis huesos y carne de mis carnes, por ella dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne.» Estas palabras, ó más bien este cántico, como las llama un orador,³ comprenden toda la constitución de la familia; la dignidad recíproca del hombre y de la mujer, la indisolubilidad de su unión, y esta unión en dos personas solamente.

Los esclavos, á quienes los señores romanos solían matar por mera diversión ó para engordar peces,⁴ fueron considerados hijos del mismo padre que el amo, y así rehabilitados en jerarquía, mejoraron poco á poco su situación hasta conseguir la libertad.

Pero sobre todo, respecto al punto que nos interesa en este escrito, y es el desenvolvimiento de los afectos humanos, el cambio que consiguió el cristianismo fué radical. La sodomía se proscribió como un crimen; el adulterio se condenó aun en el simple deseo; la simple fornicación fuera del matrimonio se tuvo como una falta, y lo que parece increíble, á Venus y á Cupido los substituyó un numen enteramente olvidado, *la castidad*. La doctrina de Jesús fué una reacción contra la carne; el ideal del mundo transformado, la virginidad, pero más todavía, su realización. Observé-

¹ Juvenal.

² Véase especialmente la excelente obra de Troplong, *Influence du christianisme sur le droit civil des romains*.

³ Lacordaire.

⁴ V. Troplong. op. cit.

moslo bien: se volvieron castos no sólo los ancianos reducidos por el hielo de la edad á la impotencia del mal; también los jóvenes, el hombre en la savia y en la flor de su vida: S. Juan reclinado en el pecho de su maestro; S. Pablo corriendo hacia Damasco á rienda suelta; S. Antonio llevando toda su primavera al desierto de Kolsim.¹

De esta manera se preparó el mundo á recibir los guerreros del Norte, terreno virgen y vigoroso, más propio en los designios de la Providencia, para depositar la nueva semilla que no podía fructificar en un país esterilizado por los vicios y los errores de tantos siglos. El hijo del Septentrión, fuerte con su valor, vigoroso con su juventud, adunó á su vigor y á sus fuerzas los sentimientos puros del cristianismo, y entonces la mano de la nueva civilización escribió dos palabras, lema de los siglos caballerescos: *amor, honor*.

Ese amor no venía encendido con el fuego de Venus; brotó templado por el rocío del cielo; tenía por tipo no al niño de Citeres, sino al ángel cándido de las nuevas creencias.

Sería desconocer la historia suponer que en la Edad Media no hubo adulterios, bigamías, estupro y otra clase de desórdenes carnales; no quiero sostener que todos los hombres de entonces fuesen monjes castísimos, lo que quiero significar es que en aquella edad la historia nos presenta imbuida en los ánimos, la idea del amor casto y aun varios practicándole.

«La caballería, como dice un historiador varias veces citado,² era una exaltación de la generosidad, que impelía á respetar y proteger al débil cualquiera que éste fuese; á mostrarse liberal hasta la prodigalidad; á venerar á la mujer con un amor que elevaba las facultades morales, encaminándolas al bien; todo esto impregnado con un tinte particular del sentimiento religioso que determinaba las acciones, consagraba las hazañas y purificaba los fines.»

El alemán Weber³ explica de esta manera el *culto del amor* en la Edad Media: «Les mœurs des Germains et le christianisme firent sortir la femme de la position infime et subalterne qu'elle avait dans l'ancien monde; elle devint souveraine dans la vie interieure, gardienne des mœurs et

¹ Palabras de Lacordaire.

² Cantú.

³ Historia de la literatura alemana.

des convenances. Respect et protection de la femme, du sexe faible, telle fut la première vertu de la chevalerie et plus celle-ci s'entendit, plus le culte de la femme et de l'amour se développa. Lors donc que les chevaliers furent maîtres de la poésie, les femmes, les douces émotions du cœur et les sentiments tendres formèrent naturellement le fond de leurs poèmes. C'est ainsi que surgit la poésie de l'amour qui, en des temps barbares, fit naître quelque penchant vers la culture intellectuelle et empêcha le monde des idées de succomber sous les coups de la force brutale. mais bientôt le sentiment fut le domaine exclusif des chevaliers qui firent de l'amour l'unique objet de leurs productions littéraires; les faits d'armes, les tournois, les combats simulés et autres divertissements dignes d'une race d'hommes forts et vigoureux et dont s'emparèrent les trouvateurs provençaux, furent rejetés dans l'ombre. C'est pourquoi la poésie revêtit un caractère effeminé qui se communiqua à l'époque entière. On chant l'été et ses délices, l'hiver et ses rigeurs, les plaisirs et les souffrances de l'amour; les belles fleurs de mai, les frimas qui les dévorent; on se plaignit des caprices de la fortune. Son contact perpétuel avec la nature donne à cette poésie un caractère juvénile très attrayant. C'est l'amour muet et retenu de la première jeunesse qui se réveille avec les fleurs des champs, fleurit avec le feuillage des bois et chant et jubile avec les oiseaux du printemps; cet amour se couvre d'une voile quand le tilleul jaunît, quand les hôtes des bois s'éloignent, quand les feuilles tombent et enfin il se repand en plaintes amères à l'approche des frimas et des neiges de l'hiver. Les trouvateurs, et en général tous les poètes du moyen âge, regardent la fidélité comme la vertu la plus sublime de la vie sociale, comme la base inébranlable de l'amour.»

Pero mejor que disertaciones históricas sobre el amor en la edad media, lo que nos le pinta más á lo vivo son las composiciones de algunos poetas poseídos de su espíritu. Me limito á copiar una sola, escogiendo la de Schiller, intitulada «Morir de amor,» porque además de llenar su objeto, se halla traducida por uno de nuestros más ilustrados compatriotas, el Sr. Roa Bárcena.

«Rompe el lazo de amor y á Palestina
Vuela un guerrero, y dicen á su amada:
«Ha muerto al filo de la infiel espada
Tu prometido esposo.» Al suelo inclina
Su frente: en palidez la purpurina
Rosa de sus mejillas fué trocada,
Y á Dios en la monástica morada
De su existencia el resto ella destina.
Torna el guerrero, y con sus propias manos
Frente á la celda en que la virgen llora,
Labra una choza en medio del desierto:
Allí se entrega á pensamientos vanos,
Hasta que un día al asomar la aurora,
Vuelto el rostro á la celda, hallóle muerto.»

Después de la narración de los historiadores y de las inspiraciones de los poetas, viene en mi auxilio, para probar la existencia del amor casto, el recuerdo de ciertos personajes célebres.

Aparecen, ante todo, rodeados de una aureola poética, dos seres interesantes, Eloisa y Abelardo.

«On n'écrit pas cette histoire, on la chante (dice Lamartine.)¹ Aucune histoire, aucune poème n'ont touché plus profondément et si longtemps le cœur des hommes depuis huit cent ans. Ce qui émeut si profondément et si longtemps les hommes fait partie de leur histoire; car l'humanité n'est pas seulement esprit, elle est sentiment.»

Después que Lamartine ha escrito sobre Eloisa y Abelardo, sería una profanación que yo lo hiciese, y extractar al sentido poeta francés no sería más que debilitarle. El que no conozca la página más interesante de la historia del amor casto, lea á Lamartine.

A los nombres de Eloisa y Abelardo, sólo añadiré Macías; Marsilla é Isabel; Petrarca. Estos testigos bastan para comprobar plenamente mis aserciones.

Macías, *doncel de D. Enrique el Doliente*, ha sido cantado por Larra; pero no es un personaje ficticio, existió realmente, amó con santa resignación á una mujer con quien no podía unirse porque era casada. En un lugar de Espa-

¹ Heloise.